

“El Horla” y “El parásito”: confesiones y conversiones de dos escépticos del siglo XIX

Alejandra Sánchez Valencia

Las palabras tienen un alma. La mayoría de los lectores sólo les piden un sentido. Hay que hallar esa alma, que aparece al contacto con otras palabras, que estalla al iluminar ciertos libros con una luz desconocida, muy difícil de hacer brotar.

HABLAR DE LA MAGIA y el ocultismo decimonónico es mirar en perspectiva a las dos naciones gestadoras de éstos: Francia e Inglaterra. De acuerdo a Chaves tal espacio temporal coincide con el tercer gran momento histórico de dichas disciplinas en Occidente. La censura contra lo paganizante se dio tanto en el ámbito protestante como en el católico, bastaba ya de las supercherías propias del Renacimiento; su lugar se iba esquinando cada vez más hacia el terreno de lo fantástico, donde paradójicamente, lejos de ver el fin de su existencia pudo ser popularizado y llevado a amplios sectores de la población, especialmente por medio de la literatura.

Hablar de magia en el siglo XIX es volver los ojos a dos centros de vital importancia: Francia con Éliphas Lévi (antecedido por Court de Gébelin, Eteilla y Favre d'Oliver) que promovieron la difusión de los conocimientos cabalísticos y hebreos como parte del discurso esotérico, donde la magia, como parte de éste, apunta a un equilibrio interior. En Inglaterra, sin embargo, personalidades como Francis Barrett, resultan indispensables en la idea de tradición histórica en la magia: se es parte de una cadena a través de los siglos. Mac Gregor Mathers, por su parte, fue fundador de la Orden Hermética de la Aurora Dorada, con base en rituales de los rosacruces que le llegaron de unos manuscritos alemanes. Al igual que en el caso de Francia, la vinculación entre cábala y tarot, además de astrología, hermetismo y alquimia junto

con saberes orientales, da el toque evolutivo de la magia en su tercer gran periodo histórico.

¿Qué impacto habrá ejercido la presencia de “los nuevos magos” –si se me permite el término– para los coterráneos franceses e ingleses?, ¿qué uso de la información circulante habrán hecho los autores para plasmar en la literatura?, ¿habrán cargado la información hacia el lado del cambio en la magia con la importancia que tuvo a nivel histórico o habrán cedido a la formación de su tiempo como hombres de ciencia escépticos a toda manifestación de una vida ajena a lo aprehensible por los sentidos?

En el campo de las letras del decimonónico nos hallamos ante dos autores que por medio del género cuentístico pudieron desarrollar sus ideas en torno al horror y lo fantástico: Guy de Maupassant en Francia y Arthur Conan Doyle en Inglaterra. Es propósito en este ensayo hacer una comparación de los cuentos “El Horla” (1887) –del primero– y “El parásito” (1894) –del segundo–, para dar respuesta a las preguntas antes hechas y finalmente concluir cuál fue la postura adoptada por los autores respecto a la temática esoterista.

Por *esoterismo* entenderemos el tercer gran momento histórico de la magia en el siglo XIX, donde es enriquecida (aunando conocimientos orientales y arcaicos a lo occidental), historizada (en tanto la relación maestro-discípulo y herencia de saberes) y popularizada (respecto a una mayor información a un público más extenso). Tanto Maupassant como Conan Doyle privilegian en sus cuentos al narrador autodiegético, asegurando con ello que al “contar su propia historia” sea el centro de atención y por lo tanto el héroe debido al tema abordado (en estos dos casos) se torna víctima. El hecho de presentar una confesión en forma de diario

quiere decir que el mundo que construyen los personajes nos viene directamente de las voces narrativas.

En “El Horla” ignoramos en todo momento el nombre del narrador y en “El parásito” sabemos que se trata de Austin. Se exige así que el lector confíe plenamente en la voz que cuenta. Es, sin embargo, esta característica autodiegética del narrador la que llama la atención por su grado de subjetividad. Por mucho que parezca real, ¿qué tan confiable es lo dicho? Se trata de alguien que es personaje a la vez y a lo largo de su diario se dibuja con mayor o menor nitidez. La ambivalencia en el juicio de valor que puede otorgársele al narrador hace juego con lo que para Daniel Altamiranda es la quintaesencia en las letras, la literatura fantástica, ello debido al cuestionamiento de la línea demarcatoria entre lo real y lo irreal.



¿Qué mejor modo han seleccionado los autores para contrapuntar el mundo de la ilusión contra el positivismo? Por ello los personajes recurrirán una y otra vez a sus demostraciones y razonamientos, cuando todo dirija la atención del lector a denominar locura el estadio en que se encuentran los personajes. Ubicada en una agradable campiña francesa, el narrador de “El Horla” inicia su escrito en pleno verano (8 de mayo al 10 de septiembre). Todo parece referirse al gozo de la existencia, a la abundancia material y a los nexos, las raíces con los antepasados, y con ello a la historia y la identidad:

Me gusta esta región, y me gusta vivir en ella porque aquí tengo mis raíces, esas profundas y delicadas raíces que ligan a un hombre a la tierra donde sus abuelos han nacido y han muerto, que lo ligan a lo que allí se piensa y se come, lo mismo que a las costumbres que a los alimentos, a las locuciones locales, las entonaciones de los campesinos, los olores del suelo, de los pueblos y del propio aire.

En ello bien podemos observar una llamada de atención a lo que será el final: la posibilidad de tender puentes con otros mundos, establecer nexos con otras existencias. Por el momento se va preparando la atmósfera de terror que echa mano de un juego binómico: la luz *versus* la oscuridad. Así el cielo azul y nítido se tornará más adelante, en el paseo por el bosque de Roumare, en un “techo verde, espeso, casi negro”. El aire, que en apariencia es un elemento de la naturaleza al que estamos acostumbrados, se convertirá en toda una “geografía” que albergue a otros seres. Maupassant recrea su discurso por medio de múltiples imágenes poéticas, producto de la solitaria reflexión del personaje, a diferencia de Conan Doyle en que el lenguaje es bastante plano, carente de rebuscamiento o figura poética, pero que permite la entrada y salida de varios personajes con sus respectivos discursos. En “El Horla” sabemos que el personaje es rico: vive en una finca, tiene sirvientes, cochero, posibilidad de viajar...

Desde los primeros episodios queda establecida su posición social, se ignora si trabaja, si realiza algún tipo de actividad, si convive con otros seres aparte de la servidumbre. Nos damos cuenta, sin embargo, de que es un hombre que gusta de reflexionar y filosofar. Uno de los grandes aciertos de Maupassant es privilegiar los elementos ínfimos para provocar sorpresa en el lector: en la primera nota del diario el narrador habla con orgullo del río Sena que pasa a lo largo de su jardín, donde viene un convoy de navíos, arrastrado por un remolcador “del tamaño de una mosca y que jadeaba fatiga vomitando un humo espeso” (anticipo de la oscuridad que irá *in crescendo* a lo largo del cuento) y atrás una “soberbia corbeta brasileña” que, siguiendo la idea de los binomios, es blanca, “admirablemente limpia y reluciente”. Este elemento, en apariencia ajeno a la tranquilidad del momento inicial y no rescatado en escenas subsecuentes, tendrá un papel preponderante en la explicación del mal que misteriosamente ataca al personaje central.

El diario, escrito en lapsos de cuatro días, a veces de dos, de una semana y ocasionalmente cada día, plantea muy pronto el problema: ¿cómo explicar un bandazo en el estado de ánimo?, ¿cómo es posible que la misma persona que hoy está cuerda y rebozante de energía, vitalidad y optimismo devenga en poco tiempo en otro ser, cual si estuviera bajo el mandato de otro? Y he aquí la primera gran conexión con Conan Doyle en “El parásito”, escrita igualmente en forma de diario (24 de marzo-5 de mayo). Nos enfrentamos al diario de un intelectual universitario próximo a contraer matrimonio con Agathe, representación complementaria

de la parte que él añora en su propia personalidad, pero que una vez casados asegurará su balance, pues ella es “la persona más equilibrada entre todas las que conozco del sexo femenino”.

A diferencia del diario presentado en “El Horla”, aquí nos encontramos con uno que hace honor al apelativo, se ha escrito cada día, con lo cual, de manera indirecta, nos proporciona más información sobre Austin, caemos en la cuenta que efectivamente es todo un “hombre de ciencia”, metódico, riguroso, ordenado, pero también obsesivo, ello lo constatamos en el momento en que una misma fecha puede tener hasta dos entradas: mañana y noche, situación que se agudiza conforme se llega al clímax. En “El Horla” el narrador plantea el problema general así: el hombre está incompleto, no está preparado para una convergencia de mundos pues los sentidos son escasos:

¿De dónde vienen esas misteriosas influencias que mudan en desánimo nuestra felicidad y nuestra confianza en desamparo? Se diría que el aire, el aire invisible está lleno de incognoscibles Poderes, cuya misteriosa vecindad sufrimos [...] Todo lo que nos rodea, todo lo que vemos sin mirarlo, todo lo que rozamos sin conocerlo, todo lo que tocamos sin palparlo, todo lo que encontramos sin distinguirlo, ¿tendrá sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, a través de ellos, sobre nuestras ideas, sobre nuestro propio corazón, efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables? ¿Qué profundo es ese misterio de lo Invisible! No lo podemos sondear con nuestros miserables sentidos [...] ¡Ah! Si tuviéramos otros órganos que realizaran en nuestro provecho otros milagros, ¿cuántas cosas podríamos descubrir a nuestro alrededor!

La problematización particular es que una vez conciliado el sueño tras un par de horas, una pesadilla hace acto de presencia: un ser lo estrangula y no puede luchar contra él, librarse de su presencia: “coge mi cuello entre sus manos y aprieta... aprieta... con todas sus fuerzas, para estrangularme. Yo me debato [...] intento rechazar ese ser que me aplasta y me ahoga, ¡no puedo! [...] Estoy solo”. Mientras tanto, la atmósfera de incertidumbre y acechanza de lo otro se incrementa debido a la selección del vocabulario: miedo, peligro inminente, melancólico, agua estancada, crisis, morada gótica, cielo negro, mal de ojo, ser invisible, terrores...

En el caso de Austin nos encontramos con una vulnerabilidad propia de quien hará un cambio en su vida, la transición de la soltería al matrimonio; sin embargo este dato apenas si es tratado como coordenada binómica entre las dos mujeres más importantes del cuento: Agathe –la

prometida– y la señorita Penelosa –la mesmérica–. Austin se caracteriza por ser un hombre erudito en su época, totalmente escéptico de cuestiones inexplicables que para él no son más que engaños de oportunistas mercachifles, sin embargo, y ello es bastante interesante en la psicología del personaje lograda por Conan Doyle. Austin, presa de sentimientos encontrados donde oscilan tanto admiración como repudio, se siente atraído por la señorita Penelosa. Uno de los aciertos del cuento es cómo por medio del narrador puede llegar a creerse que Penelosa es un ser repugnante, una mujer coja (considérese además al bastón como signo de poder –reverberancia tanto cristiana, Moisés y el cayado con el que abrió el Mar Rojo, como lo paganizante: las escobas de las brujas), de ojos misteriosos, avesada en temas de superchería –aunque trabaje con científicos– y en pocas palabras: nada que ver con el tipo de Austin. Sin embargo, aquí está la clave, la fuerza del binomio tan socorrido en la literatura fantástica: ella representa la parte más reprimida por Austin, no la espiritualidad manifestada en Agathe, sino la conexión con otros mundos, con otras dimensiones sin necesariamente caer en la religiosidad. Con todo ello nos acercamos a lo que Víctor Bravo denomina la “perturbación”, que “supone la irrupción de un ‘afuera’ en la tranquilidad previsible de las leyes sintácticas propias del lenguaje comunicacional; la irrupción de ese ‘afuera’, en una ‘normalidad’ que le sirve de límite, pone en escena, como decíamos, la alteridad”.

Conan Doyle, a diferencia de Maupassant, echa mano de un irónico juego de binomios en los nombres de los protagonistas: Austin (en inglés, es la traducción de Agustino o Augusto), la etimología es latina y quiere decir

consagrado por los augurios, majestuosos o que se incrementan (*sus rasgos característicos*) –las cursivas son más–: son bien equilibrados, inteligentes y comprenden bien los problemas de la vida. Son de naturaleza franca, amorosa y afectuosa. Antes de lanzarse a lo que sea, reflexionan ampliamente y a continuación acometen el problema. Su único defecto es la susceptibilidad.

En el caso de Agathe la etimología es griega y quiere decir “buena y virtuosa”, respecto a los rasgos característicos: “son refinadas, espirituales, muy amorosas y siempre tienen el espíritu despierto. Sobresalen en las tareas más humildes”. El nombre se llena, sin embargo, cuando su significado se encuentra en el símbolo, radicando ahí la gran ironía utilizada por el autor mediante una conexión con las “supercherías” de la época medieval que tanto incomodan a Austin:

pedra de adorno que ya gozó de predilección en la Antigüedad y que según su coloración se le asignaba una relación simbólica con la Luna o con el planeta Mercurio. En sus vetas quiso reconocer el hombre figuras de la doctrina de los dioses y atribuyó a esta piedra efectos mágicos: decíase que alejaba el mal tiempo, impedía que los ríos se desbordasen, favorecía a los atletas y estimulaba eróticamente a las mujeres [...] En el Pseudo-Alberto Magno (1581) se lee acerca del ágata de vetas negras que ayuda a superar los males “y confiere fuerzas al corazón y hace que un hombre violento se vuelva amable y sea querido por todos; también le hace alegre, y le ayuda (contra) las cosas adversas”.

Austin, hombre de 43 años, mejor conocido como el profesor Gilroy en la universidad, es un fisiólogo que confiesa en su diario el sentimiento encontrado respecto al profesor Wilson, psicólogo, que muchas veces lo ha invitado a participar en cuestiones mesméricas, a las que no ha hecho caso por considerarlas una pseudociencia. No obstante, en la intimidad de sus escritos habla abiertamente de su temperamento neurótico y cómo desde niño ha padecido sonambulismo, por lo que es fácil blanco de las impresiones y las intuiciones, percibiéndose como “esencialmente psíquico”.

Invitado a una sesión hipnótica a la que acudirán la esposa de Wilson y Agathe, asiste y conoce a la mesmerista, una mujer de 40 años, originaria de Trinidad, de aspecto insignificante y poco atractivo para un hombre cualquiera. Agathe es hipnotizada en la sesión y al día siguiente pide a Austin romper el compromiso matrimonial. El prometido, en su desesperación ante la partida de la amada, recuerda que la señorita Penelosa le dio una tarjeta, que es el “rasgo científico” de la relación. Se trata de una “tarjeta de control” para demostrar al científico cuán posible es la posesión de un alma por un otro. Nos hallamos entonces ante la representación de lo “siniestro”, que según Freud es “that class of the terrifying which leads back to something long known to us, once very familiar” (1953, pp. 369-70), que subyace a manera de remembranza en la psique primitiva que aún posee el hombre actual.

A partir de ese momento la relación que profesa Austin por Penelosa es una dicotomía de amor y odio, ¿cómo sentirse atraído hacia la otredad? Él mismo habla de su honda impresión y cómo el experimento pone en contradicción sus creencias y hábitos de pensamiento. La caracterización de la insignificante figura de la señorita Penelosa va adquiriendo matices hiperbólicos y encontramos así un paralelismo con los recursos empleados por Maupassant: de seres o acontecimientos ínfimos de los que se hace un despliegue de fuerza y terror.

Jerrold E. Hogle nos dice:

This tug-of-war affects central characters and readers alike, frequently drawing them toward what is initially “unconscious” in at least two different senses. It can force them, first, to confront what is psychologically buried in individuals or groups, including their fears of the mental unconscious itself and the desires from the past now buried in that forgotten location.

Austin Gilroy, al igual que el narrador de “El Horla”, se convierte en un “otro”, ante la amenaza de lo externo, se pierde la voluntad y el miedo se torna persecutorio, paranoico, la actitud general es de neurosis, que es un estado de desunión consigo mismo, en otras palabras, la personalidad se escinde y los sentimientos que acompañan tal fragmentación se dan en el tenor de la angustia, el miedo, la depresión y particularmente el conflicto. Tanto en “El Horla” como en “El parásito” los narradores nos dicen una y otra vez que “no están locos”, temen quedar así, pero ante todo son hombres de ciencia que se han vuelto vulnerables.

La gran epifanía en el primer cuento se da cuando las palabras del fraile pronunciadas en el Mont Saint-Michel con razonamiento sencillo, propio de una persona del pueblo que cree en las leyendas, revela:

¿Acaso vemos la cienmilésima parte de lo que existe? Mire, ahí tiene el viento, que es la mayor fuerza de la naturaleza, que tira al suelo al hombre, que derriba edificios, desarraiga árboles, levanta en la mar montañas de agua, destruye los acantilados, y arroja contra las rompientes a los grandes navíos, el viento que mata, que silba, que gime, que brama, ¿lo ha visto usted? Y sin embargo existe.

En “El parásito” no hay propiamente un momento epifánico, se hace uso de la parábasis en el momento de más ansiedad, donde el narrador está dispuesto a matar a quien considera causante de todos sus males, la mesmerista de Trinidad, el impacto se da en que ella muere sin necesidad de que él tenga que hacer nada, confiriendo un último toque fantástico a la escena... ¿acaso él, a distancia, operó en la psique y voluntad de la dama?

¿Por qué finalmente optaron Conan Doyle y Maupassant por la presentación de un diario? Quizás hubo un motivo más poderoso que la ambivalencia entre creer ciegamente en el narrador autodiegético y por el contrario, desconfiar de él por subjetivo. La otra razón puede ser que ambos autores encontraron que la mejor manera de tratar un asunto tan espinoso como la existencia de otros mundos conviviendo con el propio, o bien la presencia de un otro

amenazante que se apodera de la voluntad y el alma, es una manera “segura” para el hombre de ciencia, el incrédulo, de confesar en privado su sentir junto con sus más secretos pensamientos, debido a que nadie más tiene acceso a una información tabú, que subvierte por completo la imagen pública mantenida en sociedad. Conan Doyle y Maupassant no dejan de adjudicar a las damas lo esotérico: trátase de la novia o la prima. Con su narrativa, sin embargo, y gracias a la lectura de un diario, el lector es testigo de la vulnerabilidad del hombre: se habla de un malestar de pensamiento, un insomnio regular que debilita la salud y exalta el ánimo a niveles persecutorios (paranoia, diríamos hoy en día), donde el campo científico no sirve de consuelo alguno, así como tampoco los “placeres terrenales”: ni París como capital de la “alegría” que devuelve la salud, ni los constantes viajes, ni las soluciones de bromuro de potasio.

¿Dónde puede hallarse la paz, entonces? Tal vez en la aceptación de lo desconocido: su presencia está ahí independientemente de que nuestros sentidos resulten adecuados para su constatación, como fue expresado por el narrador de “El Horla”:

¿Quién habita en esos mundos?, ¿qué formas, qué seres vivos, qué animales, qué plantas hay allá lejos? Los seres pensantes de esos universos remotos, ¿saben más que nosotros? [...] ¿Somos tan achacosos, tan inermes, tan ignorantes, tan pequeños, nosotros, en este grano de lodo que gira diluido en una gota de agua!

Finalizamos entonces con la conciencia de que dentro de “los nuevos magos” quien mayor impacto ejerció tanto para Conan Doyle como para Maupassant fue Mesmer, pero en su narrativa ambos emplean la metonimia de mesmerista igual a clarividente o médium, que es lo mismo que un farsante, aunque bien sabemos que eso es un primer plano, pues una vez que hay demostración el poder de la sugestión hipnótica alcanza niveles amenazantes en la salud mental del individuo. Parece entonces que los dos autores manejan una ambivalencia propia del siglo XIX: el escepticismo y el rechazo, que deviene en un giro de 180 grados cuando hay “conversión” y respeto por parte de los personajes a lo desconocido, sólo en el momento en que la narrativa privilegia al diario como fuente de información. Un modo de advertir al hombre moderno de las consecuencias de la incredulidad. Una manera de decir por medio de “El Horla”

y “El parásito” sobre las confesiones y conversiones de dos escépticos del siglo XIX. •

Bibliografía

- Altamiranda, Daniel, “Campo designativo de la expresión ‘literatura fantástica’”, en *Escritos. Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, núm. 21, enero-junio de 2000.
- Anderson Imbert, Enrique, *Teoría y técnica del cuento*, Barcelona, Ariel, 1999.
- Biedermann, Hans, *Diccionario de símbolos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Blavatsky, H. P., *Narraciones ocultistas*, prólogo y notas de Mario Roso de Luna, Buenos Aires, Saros, 1956.
- Bravo, Víctor Antonio, *La irrupción y el límite. Hacia una reflexión sobre la narrativa fantástica y la naturaleza de la ficción*, México, UNAM, 1999.
- Conan Doyle, Arthur, *El parásito. El vampiro de Sussex*, México, Fontamara, 1998.
- Cuddon, J. A., *The Penguin Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*, Penguin, 1999.
- Chaves, José Ricardo, “Magia y ocultismo en el siglo XIX”, en *Acta Poética*, núm. 17, primavera, 1996.
- Erdal Jordan, Mery, *La narrativa fantástica. Evolución del género y su relación con las concepciones del lenguaje*, Vervuet/Iberoamericana, 1998.
- Fowler, Roger., *A Dictionary of Modern Critical Terms*, Nueva York, Routledge, 1999.
- Gnisci, Armando (ed.), *Introducción a la literatura comparada*, Barcelona, Crítica, 2003.
- Hanegraaff, Wouter J., “Romanticism and the Esoteric Connection”, en *Gnosis and Hermeticism from Antiquity to Modern Times*, Nueva York, State University of New York Press, 1998.
- Faivre, Antoine, *Access to Western Esotericism*, Nueva York, State University of New York Press, 1994.
- Lecouteux, Claude, *Fantasmas y aparecidos en la Edad Media*, Madrid, Medievalia, 1999.
- Lovecraft, H. P., *El horror en la literatura*, Madrid, Alianza, 1984.
- Maupassant, Guy de, *El Horla y otros cuentos fantásticos*, Madrid, Alianza, 2002.
- Pimentel, Luz Aurora, *El relato en perspectiva*, México, UNAM/Siglo XXI, 2002.
- Riffard, Pierre, *¿Qué es el esoterismo?*, México, Diana, 2000.
- Sharp, Daryl, *Lexicon Jungiano (Compendio de términos y conceptos de la psicología de Carl Gustav Jung)*, Santiago, Cuatro Vientos, 1994.

ALEJANDRA SÁNCHEZ VALENCIA es profesora-investigadora en el Centro de Lenguas Extranjeras de la UAM Azcapotzalco. Maestra en Estudios México-Estados Unidos, pertenece al grupo de investigación en Lingüística Aplicada y al Área de Literatura de la UAM-A.